



Antología poética

Un canto a Bolívar



Un canto a Bolívar

Antología poética
(Selección)

Agradecimientos a
Fundación Editorial El perro y la rana

Ministerio del Poder Popular
para la Comunicación y la Información
Avenida Universidad, Torre Ministerial
piso 8,9 y 10, Caracas-Venezuela
www.minci.gob.ve
Rif: G-20003090-9

DIRECTORIO
Nicolás Maduro Moros
Presidente de la República Bolivariana
de Venezuela
Ernesto Villegas Poljak
Ministro del Poder Popular
para la Comunicación y la Información
Heidi Domínguez
Viceministra de Estrategia Comunicacional
Fanny Febles
Viceministra de Gestión Comunicacional
Adriana Grebson
Directora General de Difusión y Publicidad
Ramón Medero
Director de Publicaciones

Edición y corrección
Coral Pérez
Ricardo Romero
Diseño y diagramación
Saira Arias
Ilustraciones
Omar Cruz

NOTA EXPLICATIVA

Dentro del marco de voces latinoamericanas que han dedicado su poesía a Bolívar, la presente antología incorpora autores fundamentales que sumaron las suyas ante la trascendencia de la obra y pensamiento del Libertador. Como parte de este aporte, se contó con las selecciones hechas por los escritores Gustavo Pereira, Luis Alberto Crespo e Iván Villamizar; con el fin, también, de sentar un punto de partida hacia la realización de futuras compilaciones de esta naturaleza, quedando abierta la invitación para que se agrupen, en sus expresiones, experiencias y visiones, escritores y poetas de las generaciones actuales.



A Simón Bolívar, Libertador de Colombia y del Perú y creador de Bolivia

Sueño infantil, en cuna infamatoria
hecha de oro que su seno cría,
perezosa la América dormía,
miserable esclava, sin blasón ni historia.

Diole Colón en su inmortal victoria,
su nueva luz, odiosa tiranía,
estrageo y luto: con victoria pía,
el gran Bolívar libertad y gloria.

Así, los pueblos que fundó su espada,
sacra aureola de perpetua lumbre
a la conspicua frente le ciñeron.

Y al ver la antigua afrenta ya vengada,
de los soberbios Andes en la cumbre
las sombras de los incas sonrieron.

Rafael María Baralt

(Maracaibo, Venezuela, 1810-Madrid, España, 1860)

A Bolívar

¡Padre y creador de vírgenes naciones,
astro de libertad, genio de gloria,
árbitro del destino y la victoria,
terror de España y sus rugientes Leones!

Desciende a contemplar tus creaciones,
acatada y triunfante tu memoria,
tus grandes hechos que la absorta historia,
acaso un día llamará ficciones.

Pueblos son tus pirámides triunfales.
Un bello mundo de tu genio el fruto,
tu herencia gloria, libertad, anales;

Y la gloria es tu féretro: de luto
mi patria ante las pompas funerales
duelo inmenso te rinde por tributo.

Juan Vicente González

(Caracas, Venezuela, 1811-1866)

A la estatua del Libertador en la Plaza Mayor de Bogotá (fragmento)

¡Bolívar! no fascina
a tu escultor la Musa que te adora
Sobre el collado que a Junín domina
donde estragos fulmina
tu diestra, de los incas vengadora.

No le turba la fama,
alada pregonera, que tu gloria
del mundo por los ámbitos derrama,
y doquier te proclama
genio de la venganza y la victoria.

Él no supo el camino
por do el carro lanzaste de la guerra,
que del Orinoco al Potosí argentino
impetuoso vino
temblar haciendo en derredor la tierra.
Ni sordos tambores
oyó, ni en las abiertas capitales
entrar vio tus banderas tricolores
bajo lluvia de flores
y al estruendo de músicas marciales.
Ni a sus ojos te ofreces
cuando nuevo Reinaldo, a ti te olvidas,
y el hechizante filtro hasta las heces
bebiendo te adormeces
del Rímac en las márgenes floridas.

Miguel Antonio Caro
(Bogotá, 1843-1909)

Himno al Libertador Simón Bolívar

¡Gloria al Genio! A la faz de la tierra
de su idea corramos en pos,
que en su brazo hay ardores de guerra
y en su frente vislumbres de Dios.

¡Epopéya! No pinta la estrofa
del gran héroe la espléndida talla,
que en su airoso corcel de batalla
es su escudo, firmeza y verdad.

Y subiendo la cima del Ande,
asomado al fulgor infinito,
coronado de luz, lanzó un grito
que resuena doquier: ¡Libertad!

Rubén Darío
(Metapa¹, Matagalpa, Nicaragua, 1867-1916)

1. Hoy Ciudad Darío.

Juramento de Bolívar en el Monte Sacro (1805)

A M. S. de Schryver, autor de una "Vie de Bolívar"

*..Siguieron luego los dos viajeros a pie, haciendo cortas
jornadas, por consejo de Rodríguez, y como único
medio –decía él– de que su discípulo recobrarla la salud perdida...
...En el Monte Sacro los sufrimientos de la Patria
se agolparon a su mente, y sintiéndolos en toda
intensidad, cayó de rodillas e hizo aquel voto de cuyo
cumplimiento es glorioso testimonio la emancipación
de la América del Sur.*

Memorias del general O'Leary

¡Oh, la estación florida! Ya la tierra de Europa,
empapada de sangre y de recuerdos, copa
de lágrimas, esponja de amargura, sonrío.
La primavera triunfa. La campaña se engríe.
Suceden el aroma y el canto a los dolores:
por donde quiera pájaros, por donde quiera flores.

II

Dos peregrinos cruzan los desiertos caminos:
¿a dónde se endereza el par de peregrinos?
Atrás quedó la Francia, resonante de gloria,
que a triunfo por jornada, de victoria en victoria
recorrió el Continente: París tierra encantada,
patria de la hermosura, ciudad de cuentos de hada.
Dijon, la pintoresca, de campos labrantíos;
como fluvial paréntesis, Lyon, entre dos ríos;
y Chambéry la blanca, por el amor famosa.
Atrás quedan la Suiza y sus lagos de rosa
y de azul, sus montañas y florida leyenda,
donde vibra en los aires una flecha tremenda.

III

Los viajadores cruzan los alpestres senderos,
a pie, bordón en mano. ¿Quiénes son los remeros?
Un anciano y un joven: águila y aguilucho:
el viejo mucho sabe; el joven sueña mucho.
Y al transitar senderos de tortuoso meandro,
aquel nuevo Aristóteles y el futuro Alejandro,
la brisa de los Alpes, con gracia femenina,
mezcla cabellos blancos con cabellos de endrina.

IV

Recorren Brescia, Crémone, Milán, Padua, Verona,
la lírica Venecia y la adriática Ancona,
y la ciudad de fuerza y hermosura triunfante
cuyo nombre es más bello que un terceto del Dante.
Caminan y caminan. Una mañana adusta,
de neblina, llegaron a una ciudad vetusta,
de elefanciacos muros, y vigas con carcoma.
La ciudad de paredes leprosas era Roma.

V

La villa dormitaba, perezosa, en sus ruinas,
al histórico amparo de sus Siete Colinas.
De entre las piedras grises brotaba esplendorosa
la belleza de mármol de alguna blanca diosa,
de una Efigie cristiana, de un Efebo gentil,
centenario, y más fresco que una rosa de abril.
En la mitad de Roma, gloriosamente feo,
alzaba su esqueleto de piedra el Coliseo;
y la niebla, trocada por Febo en chal de oro,
caía con la gracia de un manto sobre el Foro.

VI

Los viajeros corrieron hacia el Monte Sagrado,
donde vengara Icilius al pueblo despojado;
y el héroe adolescente, sobre la Sacra loma,
por los recuerdos clásicos, a la vista de Roma,
juró al viejo filósofo cortar la garra ibérica,
y conquistar un día la libertad de América.

Rufino Blanco Fombona
(Caracas, 1874-Buenos Aires, 1944)

Bolívar, toma mi canto

Mi canto no se alza hoy a tu frente,
ni a tu brazo.
Anhela probar el gusto de tu corazón.
Busca tu pecho, lo hiende, lo penetra,
porque quiere gustar el sabor bullente
de esa eterna sangre.
Unta sol en mi voz, sol de tu corazón;
unta luna de tu corazón en mi voz.
Pon en mi canto el gusto que saboreaste
en el intento y en la victoria y la derrota.
Aparta tu mágico pensar
y dame tu vibración íntima, humana...
Dame lo que sentiste en el éxito,
lo que palpitate en los cabales desengaños,
lo que sufriste sin decirlo,
las lágrimas que enterraste vivas...
Y andaré por las cálidas costas,
y escalaré los montes esbeltos
y atravesaré las anchas aguas
y mi voz irá grávida de tu vida.
Podré entonces decir a los hombres:
os amo en patria, tomadme,
bebed mi sangre y gozad mi sacrificio.
Y podré perdonar a los que enredan tus caminos,
a los que no te buscan espontáneos,
a los que se conforman con tu bronce...

Enriqueta Arvelo Larriva
(Barinitas, 1886-Caracas, 1962)

Alegoría de Bolívar

I

Muchacho, ¡cómo te latía el corazón! Sentado bajo un árbol venezolano en la noche contemplabas las estrellas que significaban algo y sentías el llamado de tu tierra natal.

Y sentías el rumor de los llanos más allá de tu jardín y el ruido de las grandes montañas como un resplandor y el ruido lejano de las selvas que conjuran la noche y el rumor de los ríos que parecen llevar un tambor ronco al fondo de sus aguas.

¿Por qué latía tanto tu corazón?

El soñador tenía un árbol para hacer techo a sus sueños, y para murmurar la misma frase de tierra, las mismas palabras o tal vez peticiones de suelo nativo que quiere romper cadenas y saludar al sol.

¡Oh tristeza de las hojas al nivel del cielo! ¡Oh esperanza de las raíces en su larga noche!

Era esbelto como la palabra Héroe y tenía ojos de relámpago libertador. Se llamaba Simón.

La cabeza erguida parecía estar contando planetas. En la garganta sentía el gusto amargo de la tempestad que se avecina.

El ensueño entornaba los párpados y alguna repentina imagen violenta volvía a levantarlos y dilataba las pupilas. Aspiraba la noche en voluptuosos tragos de oscuridad brillante.

Su tierra se extendía como dos alas a derecha e izquierda de su corazón. Y más allá de su tierra las otras tierras hermanas. Y todas le llamaban por su nombre en las noches tan lentas. Y todas le hablaban en las sombras. Su corazón se dilataba. Sus ojos adquirían un fulgor tremendo.

Su corazón se dilataba de un modo pavoroso. Su corazón tomaba la forma de un continente.

II

Simón Bolívar. Tu nombre ha atravesado toda América en un áspero galope.

Los tejados de mil pueblos ven pasar tu caballo como una noche por la noche. Y ven allá lejos tu mano descubrir el alba.

Aliento de millones de gargantas de grandes pueblos apretados como racimos cósmicos que te saludan y te aplauden.

¡Oh, alegría de libertar del Libertador!

Alegría de crear del creador.

Alegría de soñar del soñador.

Era preciso que el esclavo levantara la frente.

Y contemplara el mundo como un enfermo que sale a la orilla del mar.

III

América dormida, envuelta en olas que hacen crujir sus huesos y silban en enormes remolinos.

América levanta la cabeza. La bella nadadora entre dos océanos suntuosos.

Levanta la cabeza.

Un huracán vertiginoso sacude sus espaldas tan adornadas como el cielo.

América resuena de marchas militares y de cantos fúnebres.

Los ríos son arterias de sangre valerosa y pulsos de agonía. Los árboles son llamas de entusiasmo.

Se cruzan los ejércitos atentos a la noche y entregados al día.

Polvareda de marchas y contramarchas. Orgías de la muerte y delirio de victorias.

Bolívar a caballo saludado por dos mil volcanes.

Bolívar a caballo en la aurora que asoma en todas las montañas.

Orgullo de las selvas cantando un himno más grande que el sol en su trozo de cielo.

Resplandor de las hogueras velando en los desfiladeros y en los llanos impacientes de momentos de gloria.

Al anuncio del Centauro se preparan las flores. Al paso del jinete infatigable nacen rosas y campanadas.

El huracán Bolívar no reposa. Vencido o vencedor no se fatiga ni conoce el desaliento.

Banderas visionarias tremolan sobre la audacia electrizada de los vientos.

El huracán exclama: "Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que obedezca".

Con tan mínimos recursos este jinete en su caballo audaz realiza empresa tan enorme.

América romperá sus primeras cadenas y quedará aguardando otro Centauro para romperlas todas.

¡Oh glorioso! Pero he aquí tu gran gloria.

Por primera vez en todo el continente, antes que el arcoíris se levante con sus ropas de lujo, declararás la Abolición de la Esclavitud. Y la tierra fue azul y se en-

cendieron lámparas como flores en los ojos.

¡Oh, admirado, he aquí otra admiración: Tu frente de mármol en medio del infortunio!

Y tu tenacidad, tu tenacidad inalterable.

Tu tenacidad inagotable.

Tu tenacidad de océano llamando al infinito.

Es en el desastre en donde siento el incendio de tus venas.

Y el vagido anunciador de la borrasca. La nueva racha, la próxima siembra del pavor en praderas de triunfo resonante de alaridos y cascos de potros desbocados.

Ni un minuto desfalleces. El torrente no está quieto jamás hasta alcanzar su gran designio.

Simón, allí estaba América gimiendo como una enorme flor entre sus mares encadenados.

Y tú te ofreciste a los pueblos como un leño macizo.

Ahora te preguntan tus estatuas: ¿Cumpliste con la ley prevista de tu día histórico?

Y tú crees que sí. Y tal vez la razón sea contigo.

Simón, hay tinieblas sobre el mundo. Aún reina la noche en tus Américas.

Hoy los hombres estamos empeñados en libertar al hombre de una esclavitud igual, si no mayor a la que tú rompiste. Estamos batallando por una libertad más alta que la tuya.

La libertad total a que aspiramos busca en estas tierras un nuevo y gran Libertador.

Pronto, Simón, desata tus amarras de las sombras, desenvaina tu espada color lluvia bienhechora y toma tu sitio en nuestras filas.

Ahí está tu caballo de ijares impacientes, vibrando como un gran violín de marselesas y cantos resucitados. Ahí está esperando tu caballo.

Y detrás millones de jinetes como olas efervescentes.

Pronto nuestras montañas saludarán al alba que se acerca con un rumor de pasos milenarios que vienen desde el fondo de la historia en una interminable procesión de esqueletos heroicos.

Vicente Huidobro
(Santiago, Chile, 1893-1948)

Reláfica de la negra Hipólita, nodriza de Bolívar

¿Uté ha visto? ¡Le va a pegá!
 ¿Y po qué le va a pegá?
 ¿Po que é su mama ?
 ¿Esa é rasón?
 Yo también soy su mama;
 su mama somo la dó.
 ¡No me le pegue al niño,
 misia Consesión!
 déjemelo maluco,
 déjemelo grosero,
 déjemelo lambío,
 déjemelo pegón.
 ¿Qué les pega a los blancos?,
 ¿que le pega los negros?,
 ¿qué le pega a tós?
 ¡pues, que les pegue, que les pegue,
 que les rompa el morro, que les rompa el josico,
 que tiene razón!
 Mi niño no é malo,
 lo que pasa é lo que pasa, misia Coseción:
 que defiende a los chiquitos,
 a los negritos,
 a los blanquitos,
 contra e grandulón.
 Mi niño Simón é malo,
 mi niño Simón pelea,
 mi niño Simón é el diablo,
 mi niño Simón é la incorresión de la incorresión...
 ¡Pero é que uté no sabe,
 é que uté no sabe cómo hay gente mala,
 mi ama Consesión!
 Que viene lo blanco malo,
 que viene lo negro malo,
 que viene lo grande malo,
 ¡ahí eta él pegao!
 que le brinca a la bembá, que le brinca al guargüero,
 que le brinca a la pasa, que le brinca a tó;
 y tiene justisia pa pone la mano
 y é la incorresión de la incorresión...
 ¡No me le vaya a pegá!
 Uté no é más mai que yo.
 Déjemelo endiablao,
 deje que pelee mi niño Simón...
 ¡Ese va a sé el Coco! Cuando me mamaba,

me dejaba arrugao el pesón!
 ¡Ese se va a poné flaco
 arriando mandigas con su mandadó!
 Ese va a sé bueno; ese va sé santo...
 No le pegue, mi ama, no le pegue!
 El caporal malo, el dueño ladrón,
 el mal blanco y el mal negro,
 esguañangaos en sus manos los vamos a vé a los dó.
 Mire, mi ama Coseción :
 el é del blanco y del negro,
 el é pa to's en la vida.
 De noble, de grande, de santo,
 pa los Palasio, pa los Boliva...
 pero, mire, misia Coseción,
 de pelión y justisiero,
 pa su mamita lambía.
 ¿Qué uté é su mama?... Sí... la sangre é suya,
 pero... ¡la leche é mía!

Andrés Eloy Blanco

(Cumaná, Venezuela, 1896-México, D. F. , 1955)

Credo

¡Creo en la Libertad, Madre de América,
 creadora de mares dulces en la tierra,
 y en Bolívar, su hijo, Señor Nuestro,
 que nació en Venezuela, padeció
 bajo el poder español, fue combatido,
 sintiose muerto sobre el Chimborazo,
 y con el iris descendió a los infiernos
 resucitó a la voz de Colombia,
 tocó al Eterno con sus manos
 y está parado junto a Dios!
 ¡No nos juzgues, Bolívar, antes del día último,
 porque creemos en la comunión de los hombres
 que comulgan con el pueblo, sólo el pueblo
 hace libres a los hombres, proclamamos
 guerra a muerte y sin perdón a los tiranos,
 creemos en la resurrección de los héroes
 y en la vida perdurable de los que como tú,
 Libertador, ¡no mueren!,
 ¡cierran los ojos y se quedan velando!

Miguel Ángel Asturias

(Ciudad de Guatemala, 1899-Madrid, 1974)

Este niño don Simón

El niño Simón Bolívar
 tocaba alegre tambor
 en un patio de granados
 que siempre estaban en flor

Montó después a caballo
 dicen que en potro veloz,
 por campos de San Mateo
 era el jinete mayor.

Pero un día se hizo grande
 el que fue niño Simón,
 y a caballo sigue andando
 sin fatiga el soñador.

De Angostura hasta Bolivia
 fue guerrero y vencedor,
 por el llano y por la sierra
 con la lluvia y con el sol.
 A caballo anda en la historia
 este niño don Simón,
 como anduvo por América
 cuando era El Libertador.

Manuel Felipe Rugeles

(San Cristóbal, Venezuela, 1903-Caracas, 1959)

Un canto para Bolívar

Padre nuestro que estás en la tierra, en el agua,
en el aire
de toda nuestra extensa latitud silenciosa,
todo lleva tu nombre, padre, en nuestra morada:
tu apellido la caña levanta a la dulzura,
el estaño bolívar tiene un fulgor bolívar,
el pájaro bolívar sobre el volcán bolívar,
la patata, el salitre, las sombras especiales,
las corrientes, las vetas de fosfórica piedra,
todo lo nuestro viene de tu vida apagada,
tu herencia fueron ríos, llanuras, campanarios,
tu herencia es el pan nuestro de cada día, padre.

Tu pequeño cadáver de capitán valiente
ha extendido en lo inmenso su metálica forma,
de pronto salen dedos tuyos entre la nieve
y el austral pescador saca a la luz de pronto
tu sonrisa, tu voz palpitando en las redes.

¿De qué color la rosa que junto a tu alma alcemos?
Roja será la rosa que recuerde tu paso.
¿Cómo serán las manos que toquen tu ceniza?
Rojas serán las manos que en tu ceniza nacen.
¿Y cómo es la semilla de tu corazón muerto?
Es roja la semilla de tu corazón vivo.

Por eso es hoy la ronda de manos junto a ti.
Junto a mi mano hay otra y hay otra junto a ella,
y otra más, hasta el fondo del continente oscuro.
Y otra mano que tú no conociste entonces
viene también, Bolívar, a estrechar a la tuya:
de Teruel, de Madrid, del Jarama, del Ebro,
de la cárcel, del aire, de los muertos de España
llega esta mano roja que es hija de la tuya.

Capitán, combatiente, donde una boca
grita libertad, donde un oído escucha,
donde un soldado rojo rompe una frente parda,
donde un laurel de libres brota, donde una nueva
bandera se adorna con la sangre de nuestra insigne
aurora,
Bolívar, capitán, se divisa tu rostro.
Otra vez entre pólvora y humo tu espada está naciendo.
Otra vez tu bandera con sangre se ha bordado.

Los malvados atacan tu semilla de nuevo,
clavado en otra cruz está el hijo del hombre.

Pero hacia la esperanza nos conduce tu sombra,
el laurel y la luz de tu ejército rojo
a través de la noche de América con tu mirada mira.
Tus ojos que vigilan más allá de los mares,
más allá de los pueblos oprimidos y heridos,
más allá de las negras ciudades incendiadas,
tu voz nace de nuevo, tu mano otra vez nace:
tu ejército defiende las banderas sagradas:
la Libertad sacude las campanas sangrientas,
y un sonido terrible de dolores precede
la aurora enrojecida por la sangre del hombre.
Libertador, un mundo de paz nació en tus brazos.
La paz, el pan, el trigo de tu sangre nacieron,
de nuestra joven sangre venida de tu sangre
saldrán paz, pan y trigo para el mundo que haremos.

Yo conocí a Bolívar una mañana larga,
en Madrid, en la boca del Quinto Regimiento,
Padre, le dije, ¿eres o no eres o quién eres?
Y mirando el Cuartel de la Montaña, dijo:
“Despierto cada cien años cuando despierta el pueblo”.

Pablo Neruda
(Chile, 1904-1973)

Por aquí pasó

Por aquí pasó compadre,
hacia aquellos montes lejos.
Por aquí vestida de humo
la brisa que cruzó ardiendo
fue silbo de tierra libre
entre su manta y sus sueños.

Mírele el rastro en la paja,
míreselo, compañero,
como las claras garúas
en el terronal reseco,
como en las mesas el pozo,
como en el caño el lucero,
como la garza en el junco,
como la tarde en los vuelos,
como el verde en el quemado,
como en el banco el incendio,
como el rejón en la carga,
como la garza en el rejo,
como el cocuyo en el aire,
como la luna en el médano,
como el potro en el Escudo
y el tricolor en el cielo.

Por aquí pasó, compadre,
hacia aquellos montes lejos.
Aquí va su estampa sola;
grave perfil aguileño,
arazón de cuero tostado,
tordillo de bravo pecho.

De bandera va su capa,
su caballo de puntero,
baquiano, volando rumbos,
artista, labrando pueblos,
hombre, retoñando patrias,
picando glorias, tropero.

Óigale la voz perdida;
sobre el resol de los médanos,
la voz del grito más hondo
óigasela, compañero,
como el son de las guaruras
cuando pasan los arrieros,
como la brisa en la palma,

como el águila en el ceibo,
como el trueno en las lejuras,
como el cuatro en el alero,
como el eco en las tonadas,
como el compás en el remo,
como el tiro en el asalto,
como el toro en el rodeo,
como el relincho en el alba,
como el casco en el estero,
como la pena en la canta,
como el gallo en el silencio,
como el grito del Catire
en las Queseras del Medio,
como la Patria en el Himno,
como el clarín en el Viento.

Por aquí pasó, compadre,
dolido, gallardo, eterno
El sol de la tarde estira
su perfil sobre el desierto.

Alberto Arvelo Torrealba
(Barinas, 1905-Caracas, 1971)

A Bolívar

No sobre la sustancia de tu historia germinada en arcanos sin segundo no sobre la virtualidad de tus hazañas urgida de realización a las criaturas, me proyectaré en este minuto.

Las australes hegemonías del hombre vivo y padeciente sobre sus inmensidades tácitas con destinos de cofia secreta, tu inconcluso final enraizando más allá del horizonte danme el color que ahora demando desde mí misma hacia mi verbo.

Me proyectaré en este minuto hacia el lugar de tu pecho desde donde tus dueños patriarcales ordenaron los volcanes de tu sangre y los ocultos veneros del sempiterno surtidor de la gloria y los relámpagos sembradores en la tierra de un nuevo ciclo de esperanzas.

Invoco en este instante el día por ti creado para el sol del indio en libertad el Sol en creciente que deslumbra los meridianos de la América.

Y el hombre esencial, el conductor del fuego, el que el ardor de Pativilca con una palabra por señal batió a la muerte en campo propio hablando en nombre de la vida.

Pálmenes Yarza
(Nirgua, Yaracuy, 1916)

Oración a Simón Bolívar en la noche negra de América

Atraviesas la eternidad, con un hueso de caballo, incendiando el abismo, como el abanico de una vieja diosa;
corre el tiempo, el agua verde entre tus piernas de coloso, como la flor indígena de la metáfora, como el lienzo manchado sobre la cara de Cristo, seco, como tú, magro, arando en el mar, arando.
Capitán, macho de amargura,
¿en qué oscura caja reventaron tus sueños, entre el gusano y el oro de la tarde americana?
¿Qué pupila enluta tu pabellón furioso?
Oh Capitán, como en las lúgubres consejas, como en las leyendas de los reinos perdidos, las grullas entraron en la noche, echaron sus huevos bajo la luz macerada de la luna; rodaron los torreones en los anaranjados potros inmortales,
y pequeños dioses, con su plumaje cadavérico, dejaron caer la pierna anciana, la pezuña podrida del asno. Nuestros hijos, con la barriga abierta, con un trapo escarlata, lloran en la espesura.
Rameras fúnebres, rodeadas de blancas moscas, mariscales leprosos, verdugos ahorcados, enanos de largas tetas surgieron, como doncellas invernales,
y chivos melancólicos ascendieron en la hechicería de la noche, destrozaron la guerrera del héroe, agitando un cascabel de miseria, un plato de sangre ante los propios ojos.

¡Malditos!
¡Malditos desde el fondo de la tierra, desde el fondo del aire,
Cabezas Negras, rufanes coronados, sobre nuestras cabalgaduras de pies de seda, sobre el terciopelo que os cubre, como a antiguas queridas, una Sombra, un cráneo terrible, una sombría sombra desolada, vadeando el cielo, el valle negro de los gavilanes, cae sobre vuestras crines; y los gallos rojos de la tempestad encienden la eternidad anunciando su nombre!

¡Eres tú, Capitán! ¡Estás despierto!
Avanza sobre el pantano, cual la pantera sobre la estepa amarilla,
avanza sobre esta tierra mojada
–arcángel de luto de las escrituras–
vuelve a andar, cíñete de nuevo la espada,
severo, insaciable, como la ceniza del tiempo antepasado.

¡Despierta, Capitán!
¡Despierta!
América te llora, como una gran viuda apasionada.

Mahfud Massis
(Iquique, Chile, 1916-Caracas, Venezuela, 1990)

Bolívar en un libro de lectura

Cuando en su esbelta alfajía surge la aurora mojada para tender su mirada sobre los campos del día, y en la temprana herrería despierta el yunque cantor, porque habla en lengua de amor y por claro y por fecundo, se llama entonces el mundo Bolívar Libertador.

Cuando obediente al anzuelo derrama el mar en la orilla sobre la arena amarilla sus pescaditos de yelo, porque no es otro su anhelo que dar de sí lo mejor, un nombre tiene de honor y un apellido ese mar: lo llama el aire al pasar Bolívar Libertador.

Cuando el rescoldo tranquilo de su cesto de costuras, mi madre borda blancuras con sus estambres en vilo, y palomillas de hilo vuelan a su alrededor, ese universo de amor a que entonces pertenece, se llama, pues lo merece, Bolívar Libertador.

Cuando el aguacero frío sus rotas cántaras vierte y en toronjiles convierte las candelas del estío; cuando la tierra es plantío con altas yerbas de olor, ese tiempo labrador que abril cantando inaugura, se llama por su hermosura Bolívar Libertador.

Mi patria y sus caseríos,
sus petróleos torrenciales,
sus comarcas vegetales
y su tumulto de ríos,
salinas y labrantíos,
animales de labor,
llanto, júbilo y sudor
de esta tierra y de su gente,
se llaman sencillamente
Bolívar Libertador.

Aquiles Nazoa
(Caracas, 1920-1976)

Canción bolivariana

Bolívar bolivariano
no es un pensamiento muerto
ni mucho menos un santo
para prenderle una vela

Un niño de Venezuela
tuvo un encuentro con él
puede ser imaginario
pero pudo suceder

Y esto lo conversaron
Bolívar y el carajito
debajo de un arbolito
que se salvó de la quema
debajo de un arbolito
que se salvó de la quema

Niño:
“¿No es verdad Simón Bolívar
que al hacer tu juramento
histórico en Monte Sacro
no pensaste que tu brazo
hoy se sintiera cansado
de tantos que se han colgado
para escudarse en tu nombre?”.

Bolívar:
“Hay razón en lo que dices
yo frente a Simón Rodríguez
juré liberar a mi patria
y tal vez por inocencia
no la soñé gobernada
por indignos de mi herencia”.

Niño:
“Al pueblo tratan de quitarle la memoria
por eso al gringo Henry Clay
quien te insultó en tu vida y en tu muerte
le levantaron una estatua en nuestra Patria
y la doctrina latinoamericana
que acrisolaste en tu carta de Jamaica
le han disminuido su esencia
patriota y libertaria,
¡ah! si vieras el destino
de los pueblos que liberó tu espada
su mayor libertad
es la de morir de hambre
pisoteados por la bota nortea
sobre la que nos alertaste”.

Bolívar:
“Los Estados Unidos parecen destinados
por la Providencia a plagar la América
de miserias en nombre de la libertad”.

Niño:
“Hoy acudimos a tu idea visionaria
al antiimperialista pensamiento de tu frente,
disculpa que te trate de tú
pero para ser mi Libertador
tuviste primero que ser mi amigo
grandioso capitán navegando hacia Angostura
con la cara mojada por el Padre Río
jamás en la historia de la Patria
hubo tantos borriones
sobre un papel escrito
y el amor por el pueblo
llevado a tanta altura”.

Y Bolívar sonreído
y lleno de comprensión
le saltaba el corazón
por lo que estaba escuchando.

Y mirando fijo al niño
de edad escolar sin escuela
dijo: Toma mis espuelas
que hay que jinetear de nuevo
tú te vas de pueblo en pueblo
a despertar a la gente
que alcen más y más la frente
para merecer la gloria
y hacer de nuevo la historia
liberando al oprimido
que si el pueblo está dormido
nunca ganará la gloria.

Niño:
“Bolívar, en Birongo
allá por Barlovento
hay una placita con tu nombre
y prohíben visitarla sin camisa
para que veas que nuestras leyes
las dictan los de frac y de levita
en contra de los descamisados.

Bolívar:
“... y se olvidan que yo usé camisa prestada
cuando estuve en Santa Marta...”.

Niño:
Y lo peor es que a mi pueblo
ya lo están dejando sin Bolívar.

Bolívar:
“¿Lo están dejando sin dinero, carajito?”.

Niño:
“Sin conciencia Libertador, sin conciencia.
El pueblo en su engaño
cree que la alta burguesía,
va a llevarte flores al Panteón Nacional
cada Aniversario de tu muerte”.

Bolívar:
“Y entonces ¿a qué van pequeño compatriota?”.

Niño:
“A asegurarse de que estés bien muerto Libertador,
Bien muerto”.

Y Bolívar sonreído
y lleno de comprensión
le saltaba el corazón
por lo que estaba escuchando.

El resultado es claro
la burguesía es hija de la colonia y viceversa
la opresión está reunida en masa
bajo un solo estandarte
y si la lucha por la libertad se dispersa
no habrá victoria en el combate,
¡que si la lucha se dispersa,
no habrá victoria popular en el combate!

Bolívar bolivariano
no es un pensamiento muerto
ni mucho menos un santo
para prenderle una vela

Un niño de Venezuela
tuvo un encuentro con él
oigan sonar sus espuelas
va cabalgando otra vez,
oigan sonar sus espuelas
va cabalgando otra vez.

Letra y música de Alí Primera
(Coro, 1941-Caracas, 1985)

libroencarte

literatura



“Debemos avanzar hacia una explosión masiva del conocimiento”

Hugo Chávez